



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Jesús Marchamalo

Tocar los Libros

Ediciones  UACH

Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Epílogo


Luis Mateo Díez

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

TOCAR LOS LIBROS
de Jesús Marchamalo

se terminó de imprimir en abril de 2017
en los talleres de Andros Impresores.

 (2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile.

 (56-63) 2444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile.

Proyectó la reedición
Yanko González Cangas.
Cuidado de la edición,
César Altermatt Venegas.
Maquetación,
Silvia Valdés Fuentes.

Todos los derechos reservados.
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2017.

© Jesús Marchamalo, 2017.

© Del epílogo: Luis Mateo Díez, 2017.

ISBN 978-956-9412-97-4

EDICIONES PRECEDENTES:

Cuadernos de Mangana, 2004. España.

CSIC, 2008. España.

Fórcola, 2010. España.

Ponte alle Grazie, 2010. Italia.

Fórcola, 2016. España.

*Para mi amigo Manolo Gulliver, ahora desde Chile.
Este librito también para tocar.*

CONTENIDO

Introducción:	
Apología de Tocar los libros	11
Tocar los libros	15
El orden y el concierto	27
Cómo deshacerse de quinientos libros	37
Un libro cada treinta segundos	49
Libros esguardamillados	63
Epílogo	79
Índice onomástico	83

INTRODUCCIÓN

Apología de Tocar los libros

*T*odos los libros tienen una peripecia, una historia que contar, pero la de este no deja de ser, aparte de curiosa, persistente. Cinco ediciones distintas, en tres editoriales españolas diferentes más una en Italia, a lo largo de los últimos doce años es un currículum cuando menos peculiar para un libro tan pequeño.

Tocar los libros comenzó siendo una conferencia que di en Valladolid en 2001 y que acabó en un cajón, sin más pena ni más gloria, hasta que años más tarde conocí a Alejandro Dolz, y me regaló media docena de libros de la colección Cuadernos de Mangana que editaba entonces el Centro de Profesores de Cuenca.

Me gustaron tanto aquellos delicados y exquisitos libritos que le ofrecí el texto de Valladolid para que lo publicara. Así salió, el 23 de abril de 2004, según se lee en el colofón, la primera edición de *Tocar los libros*.

Los 750 ejemplares no venales se distribuyeron entre bibliotecas, profesores, colegios y amigos. Y a raíz de una elogiosísima reseña aparecida en el cultural del diario ABC, acabaron por agotarse. A partir de ese momento *Tocar los libros* se convirtió en una especie de modesta leyenda: había quien lo tenía, y había quien no, y la propia escasez acabó generando una demanda que se extendió y creció a lo largo del tiempo. Tanto que los editores, para cumplir con los pedidos,

acabaron enviando el libro fotocopiado y, al final, ofreciendo una edición en pdf.

Así, cuando en 2008 José Manuel Prieto, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, me invitó a dar una conferencia el Día del Libro, y me ofreció publicarla en una nueva colección que se titula Serie 23 de abril, le propuse que reeditara *Tocar los libros*.

Al texto original añadí poco más o menos un tercio y el 23 de abril de 2008 se publicó la segunda edición: mil ejemplares que se agotaron en poco más de seis meses y que, como ya había ocurrido en Cuenca, decidimos no reimprimir porque nunca fue voluntad hacerlo con ninguno de los títulos de la serie.

Y así llegamos a la tercera edición, resultado de una conversación con Javier Jiménez, el editor de Fórcola, quien me habló de su proyecto editorial y de su colección Singladuras. Le propuse recuperar para ella el de nuevo agotado *Tocar los libros*, y el 23 de abril de 2010 salió la tercera edición que, salvo una decena de palabras que quité o corregí, y algunas ilustraciones, era prácticamente la misma que la edición del CSIC.

De esa edición se hicieron, a lo largo de los años, tres reimpresiones y en 2010 se publicó en Italia con el expresivo título, *Toccare i libri*. Y en 2017, una nueva reedición, ampliada e ilustrada, que es la que ahora, y gracias a la invitación de Yanko González, publica la Universidad Austral de Chile.

Debo decir que *Tocar los libros* es, de entre los míos, uno de mis libros preferidos y probablemente el que más tiene que ver conmigo, y con mi mundo de autores y lecturas. Y en la medida en que todos los libros de algún modo lo son, seguramente el más autobiográfico.

Es para mí un honor que el libro pueda leerse ahora en Chile, de la mano de esta editorial, y un gusto poder acercarme a los lectores chilenos. Y una curiosidad final. El libro se

lo dediqué originariamente, en la edición de 2004, a Manolo Domínguez, propietario de la librería Gulliver, en Madrid, y generoso amigo. El texto decía entonces: «A mi amigo Manolo Domínguez, este libro también para tocar». Cuando salió la segunda edición le invité de nuevo a ser receptor de la misma, de modo que lo que aparece es: «A mi amigo Manolo Domínguez, de nuevo, este librito también para tocar». Para la tercera edición, y sus sucesivas reimpresiones, la dedicatoria cambió: «Para mi amigo Manolo Gulliver, por tercera vez consecutiva. Este librito también para tocar». Y volvió a cambiar en la cuarta: «Para mi amigo Manolo Gulliver, como siempre. Este librito también para tocar».

Esto explica la dedicatoria para esta nueva edición chilena. Falta agradecer su generosidad a los amigos que han prestado las fotografías e imágenes que enriquecen el libro: Antonio Santos y Carlos A. Schwartz.

Si una nueva edición es siempre una nueva vida para un libro, no se me ocurre mejor deseo para este que una existencia próspera y exitosa y, sobre todo, plena de lectores que, al final, es lo que de verdad importa.

Gracias a todos.

Madrid, marzo de 2017.

TOCAR LOS LIBROS

*N*unca hasta hace poco he sabido los libros que tengo, y de hecho jamás había tenido la tentación de contarlos. Pero justo últimamente, en un ataque de insomnio recalcitrante, pensé que a efectos de adentrarse en el sopor, el hecho de contar ovejas o libros debiera ser en principio equivalente. Más aún para un tipo urbano, como yo, para quien contar ovejas es algo tan ajeno como para un ruso contar chicas de Wisconsin en un baile.

Así que me planté ante la estantería, casi de madrugada, como un vigía, e hice una primera prospección a tanto alzado.

Pongamos que un libro (medio) mida de ancho unos dos centímetros y medio. Comprueben en casa y verán cómo los libros (medios) andan siempre cerca de esa cifra media. Cabe preguntarse después respecto a la equivalencia del centímetro Georges Perec, tan cuidadoso siempre con la medida de las cosas, con el centímetro del atribulado Boris Vian; o el centímetro del refinado Borges –ante una frase que no le convencía siempre se planteaba no qué adjetivo añadir, sino cuál de ellos quitar–, comparado con el del impulsivo Mark Twain, que confesó haber escrito durante años no menos de 3.000 palabras al día, casi diez folios.

Las estanterías de mi casa miden un metro treinta de largo y tengo trece, es decir, casi 17 metros lineales, más otras seis baldas de obra de un metro de ancho capaces de contener entre cuarenta y cincuenta libros cada una de ellas.

Un sencillo cálculo matemático permite afirmar que solo en el estudio de mi casa, el sitio donde trabajo, conviven ahora mismo alrededor de mil volúmenes. Y obsérvese que digo volúmenes y no libros porque la palabra volumen entraña un cierto empaque cultural. A partir de cierta edad uno deja de tener libros, y empieza a tener volúmenes. O ejemplares.

El caso es que si hubiera leído todos estos volúmenes, y haciendo una estimación, razonable, de una semana de lectura para cada uno de ellos, en mi cuarto tengo, redondeando, todo lo que he leído en los últimos quince años de mi vida; desde Montalbán, *Galíndez*, hasta *La ciudad de los prodigios*, de Mendoza, *Catedral*, de Carver, *La música del azar*, de Auster, o *Ficciones*, de Borges, pasando también por ese territorio singular de los libros absurdos; entre otros, la *Guía del apicultor moderno*, otro sobre el supuesto envenenamiento de Napoleón, con arsénico, en la isla de Santa Helena, una *Guía de plantas de interior*, e incluso algún libro que negaré haber mencionado, como uno que tengo sobre Jack el Destripador, *Los últimos secretos desvelados*; una biografía de Pétain, y otro de recetas de Arguiñano.

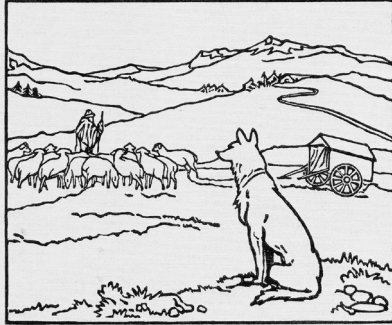
Tampoco crean que me preocupa en exceso, porque en todas las bibliotecas, incluso en las de gente fuera de toda sospecha, existe siempre una parcela de libros de difícil justificación. Walter Benjamin, por ejemplo, tenía una selección especial de cuentos de hadas, Pedro Salinas coleccionaba tratados de urbanidad, Alexandre guardaba en su biblioteca un importante apartado de novelas policiacas, y la gran debilidad de la escritora norteamericana Anne Fadiman, según ella misma confiesa, son los libros sobre exploraciones no sé si árticas o antárticas, porque es algo con lo que siempre me he liado.

También hablaron mucho los contemporáneos del generoso paladar lector de Laurence Sterne, el autor de *Tristram Shandy*, cuya biblioteca reunía desde tratados de fortificación hasta libros de obstetricia, que ustedes me dirán.

G. GABET

LA GRAMMAIRE PAR L'IMAGE

PREMIER LIVRE



LIBRAIRIE HACHETTE

Método de francés de Hachette.

En lo que directamente me afecta, no sé en qué momento empecé a comprar métodos de francés, pero tengo los suficientes en casa como para verme obligado a confesarlo. Y de piratas.

Hay quien dice que las bibliotecas definen a sus dueños, y estoy seguro de que es cierto. «El hogar es el lugar donde se guardan los libros», escribió Richard F. Burton, escritor, militar, explorador, cartógrafo, agente secreto y viajero infatigable –consiguió entrar, disfrazado, en La Meca y fue traductor de *Las mil y una noches* y *El kamasutra*–, y a quien, por cierto, no debió resultarle fácil ubicar sus estanterías. Marguerite Yourcenar dijo en una ocasión que reconstruir la biblioteca de una persona es una de las formas más idóneas



Luis Landero.

de informarnos de cómo es. Por supuesto que los libros hablan de nosotros. De nuestras pasiones e intereses. Los libros delimitan nuestro mundo, señalan las fronteras difusas, intangibles, del territorio que habitamos. Hablan no solo de los lectores que somos y de los que fuimos en su momento, sino de los lectores que quisimos ser, y en los que finalmente no nos convertimos.

Se acumulan libros de manera caprichosa, contradictoria, dispar. Hay temas que provocan vivo interés en determinadas épocas de nuestra vida, y que se abandonan después, igual que se abandonan las certezas. Como en los estratos geológicos de un yacimiento, los libros permiten ir desenterrando los restos de todos los naufragios.

Cuántas veces, de visita en una casa, nos hemos encontrado en las estanterías un libro conocido que nos ha servido para cruzar una mirada cómplice con su propietario: qué bien Monterroso, ¿verdad? Qué buena Highsmith; o cuánto me reí con David Lodge. Compartir lecturas hermana como

hermanan los gustos culinarios, ser del Numancia o veranear en el mismo lugar de la costa.

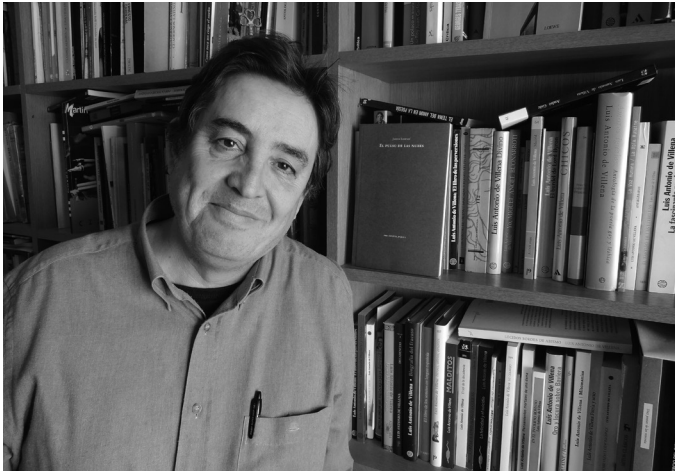
Hay libros, fíjense a partir de hoy, que están en todas las casas, que tiene toda la gente que conocemos. Cuando voy de visita y me pongo a cotillear libros veo mucho *El Principito*, de Saint-Exupéry, *El Quijote*, que suele estar en todas las estanterías, también algo de Shakespeare, *La Biblia* o *El nombre de la rosa*, de Eco. Hubo un momento, hace años, que todos mis amigos tenían *Juan Salvador Gaviota*, y ahora todos tenemos algún tomo desparejado de Harry Potter o de la trilogía de Stieg Larsson.

Afirma Luis Landero que las bibliotecas están llenas de corredores y pasadizos secretos que comunican con otras bibliotecas: con las de amigos, enemigos, conocidos, pero también con la de Ariadna Gil o la de Galdós, y conmueve imaginar que lo mismo que estamos leyendo nosotros lo ha leído antes, Kafka, por qué no, Chéjov o Karen Blixen. Los libros, al final, conforman un territorio común, son las fronteras declaradas del país imaginario en el que nos movemos.

Siempre me ha sorprendido, en esas entrevistas en apariencia inofensivas, vuelta y vuelta, que publican los diarios de fin de semana, la facilidad que tienen los próceres nacionales a la hora de elegir un libro, una película, una ciudad favorita y no otra.

¿Qué libro se llevaría a una isla desierta?, te preguntan con frecuencia. Y recuerdo que el poeta Luis García Montero me habló de un libro que guarda en su biblioteca, en Granada, y que robó de casa de sus padres. Una vieja edición de *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*, de Bergua –con cubiertas de tela roja apagada por el uso y papel amarronado– y que nunca saca de casa para no extraviarla. Era el libro en el que su padre, los domingos por la mañana, le leía a alguno de sus poetas favoritos: Espronceda, Campoamor o Zorrilla.

Versos que todavía se sabe de memoria y que recuerda

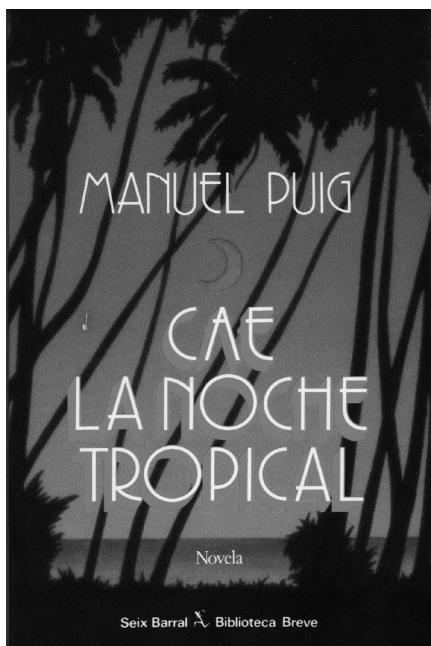


Luis García Montero.

imitando la voz grave, impostada como la de un rapsoda, algo teatral, de su padre:

*Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.*

Yo he de reconocer mi imposibilidad para este ejercicio de monogamia. Mi país literario sería ese en el que vivieran Aub y Calvino; Camus y Borges; Sebald y Carver, y también, a temporadas, Calders, y Roald Dahl, y Cortázar, y Delibes, y Mendoza y también Kapuscinski, ese periodista polaco cuyo apellido lleva acento en todas las consonantes... Eso sin contar a los autores de los que no me acuerdo, y los libros que he olvidado. Porque hay -debe de haber en alguna parte- una inmensa biblioteca, formidable, de libros olvidados, no solo míos (que ya serían bastantes) sino de todo el mundo.



Portada de *Cae la noche tropical*, de Manuel Puig.

No hace mucho leí que Patrick Süskind, el autor de *El perfume* y *La historia del señor Sommer*, es una de estas víctimas fatales de la desmemoria. Cuenta Süskind que en ocasiones ha leído el mismo libro dos o tres veces sin darse cuenta prácticamente hasta el final. Mallarmé, otro lector amnésico descomunal, tomó la determinación en un momento de su vida de escribir al final de cada libro lo que le había parecido, y un pequeño resumen argumental, para evitar también relecturas involuntarias.

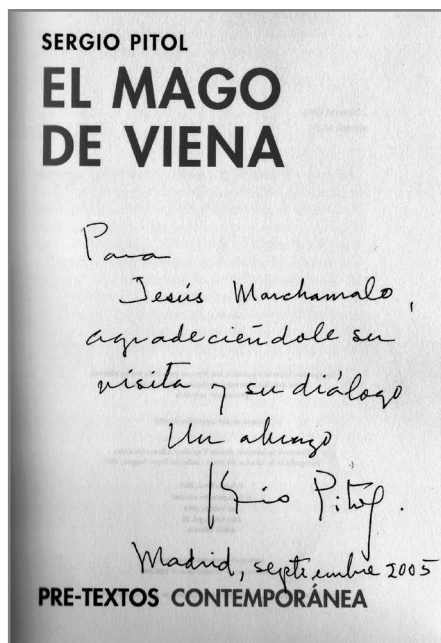
A mí me ocurre incluso que hay libros que recuerdo perfectamente haber leído, que recuerdo que en su momento me gustaron, que incluso me marcaron pero de los que sería incapaz siquiera de hacer un somero resumen: Manuel Puig,

Cae la noche tropical, ni idea de qué va. Ernesto Sabato, *Sobre héroes y tumbas*, imposible acordarme. *Mr. Vértigo*, de Auster, como si no lo hubiera leído.

Lamentablemente, más allá de la obvia, predecible, apuesta por Salgari, Verne o Melville, soy incapaz de recordar lo que leía de joven. Ni siquiera me acuerdo de cuál fue el primer libro que compré, y eso es malo porque estoy seguro de que la primera visita a una librería es una declaración de independencia, tan importante como la primera borrachera, o la primera película que se ve en el cine, sin padres, en mi caso *El oro de Mackenna*, de Lee Thompson, un verano en el pueblo donde pasaba las vacaciones, y que hará saltar todas las alarmas en cuanto me psicoanalice.

Sí recuerdo, sin embargo, unos libros de Bruguera, la colección Clásicos Juveniles, creo que se llamaban, que alteraban texto y cómic, y que durante años fueron mis regalos de Navidades y Reyes, cumpleaños y enfermedades infantiles; cada vez que te quedabas en casa, pachucho –una tos, un dolor de tripa, unas anginas–, te vestían un pijama y te compraban un libro. Gran parte de mis lecturas de infancia las asocio, todavía, con el tacto abrigador de las sábanas, la somnolencia casi morbosa, indolente, de la fiebre, el sabor agrio de la aspirina que nos disolvían con azúcar en una cucharilla, y el aroma pegajoso a mentol del Vick VapoRub.

También Sergio Pitol descubrió la lectura de niño, enfermo de unas fiebres que le tuvieron postrado en la cama, feliz, durante meses. Me contó que anota en un cuaderno de anillas desde 1960 todos los libros que lee. En su cuaderno figura la fecha, el autor, el título, y el número que ese libro representa en sus lecturas. Hace un par de años estuve con él, haciendo un curso, y me confesó tener catalogados unos 8.000, lo cual es una cantidad. Tiene la suerte Pitol, eso sí, de vivir en una casa de campo en Xalapa, que cuenta con la particularidad de crecer con sus libros. Cada vez que tiene un problema de



Ejemplar dedicado de *El mago de Viena*, de Sergio Pitol.

espacio en la biblioteca, derriba un tabique y construye una habitación adicional. Cuando hablamos, le estaban terminando otro salón, destinado a albergar los libros de arte y pintura, y que seguro que ya ha conseguido hacer rebosar.

Porque hay que reconocer a los libros una sorprendente capacidad colonizadora. Ocupan una estantería tras otra y cuando consiguen desbordarlas, su germen –como arrasado por invisibles esporas– anida en otro lugar inexplicablemente alejado, recóndito, inaccesible en apariencia de la casa. Un libro aparece repentinamente sobre una mesa y en pocos días prolifera con sorprendente viveza. Los libros se extienden después por los sofás, toman las repisas, los cabeceros de las camas, las mesillas... Como un ejército victorioso



ganan los altillos, los aparadores y las cestas de mimbre donde duermen los gatos.

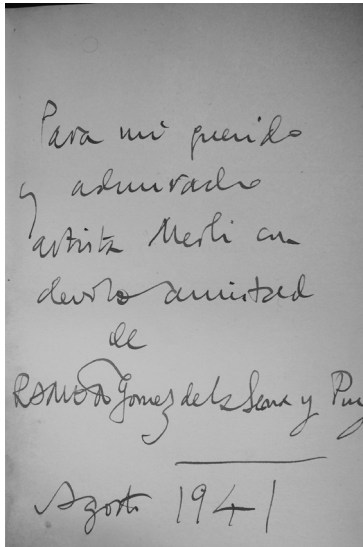
Se cuenta que el escritor Alfonso Reyes (su biblioteca era conocida como la Capilla Alfonsina) llegó a enviar una carta a las editoriales rogándoles que no le hicieran llegar más libros de novedades, porque no podía darles cabida. Fernando Arrabal es otro de los prisioneros de sus libros, una inmensa biblioteca en París que le impide cambiarse de casa porque no encuentra un piso en ningún lugar lo suficientemente grande para poder guardarlos todos.

Y existe la leyenda de que Ramón Gómez de la Serna tenía varias casas en Madrid, que iba llenando de libros y papeles, y que abandonaba justo a tiempo, cuando amenazaban con expulsarle. O comérselo.

Me contó Manuel Vicent que, hace años, en una entrevista que hizo a Dámaso Alonso le preguntó por lo que hacía por las mañanas, a lo que Dámaso, minucioso, serio, impecablemente



Arrabal, prisionero de sus propios libros.



Dedicatoria de Ramón Gómez de la Serna.

vestido, como siempre, le respondió: «Me levanto, desayuno, me aseo, me visto y luego me pongo ahí en la puerta, toda la mañana, para impedir que entre en esta casa un solo libro más».

Dámaso Alonso donó su biblioteca a la Real Academia Española; algo más de 40.000 volúmenes, además de objetos personales, manuscritos, fotografías... José Ángel Valente tenía unos 7.000 mil libros; Leonardo Sciascia, 10.000; Azorín, unos 12.000, que se conservan en su casa museo de Monóvar. Nadie ha sido capaz de decirme ni siquiera aproximadamente los que tenía el poeta cubano Gastón Baquero, pero sí me han contado que su casa era un auténtico disparate. Había libros por todas partes; amontonados en el pasillo, sobre los muebles, en las sillas, apoyados en pilas en las paredes. Había libros hasta en el cuarto de baño; cubrían por completo la bañera, aunque este es un dato que agradecería no saliera de aquí.

Los amigos que iban a cenar a su casa, invitados, tenían que retirar libros de las sillas para poder sentarse. Sin embargo, volviendo al tema de la memoria, en medio de aquel caos absoluto –montones sobre los sofás, torres tapando las ventanas, cajas, archivadores, sobres– Baquero era capaz de recordar cada libro que tenía y cada libro que había leído, del que podía además hablar como si acabara de hacerlo esa misma tarde; la trama, el nombre de los personajes, los diálogos. Se había convertido en el hombre libro, el hombre biblioteca.

Decía Borges que no somos lo que escribimos, sino lo que leemos. Y vaya si es verdad.

No tenía ni idea de dónde podían estar, claro. Me refiero a Baquero. Cuando alguien le pedía un libro prestado, le llevaba a casa, y le invitaba a buscarlo sin ser consciente, al menos en apariencia, de la hazaña monumental a la que el invitado se enfrentaba. Decía: «No sé, mira por ahí», mientras describía un enorme arco con la mano, como un torero, que abarcaba aquel inaprensible escenario del caos.